

No se pesa el silencio

Por Hanna Salinas

Siempre me ha parecido que los puertos son como cementerios.

No por los barcos, ni por las gaviotas, ni por el salitre que envejece todo sin pedir permiso.

Sino por las despedidas que nadie dice en voz alta.

Yo vengo todos los días a este muelle.

No soy estibadora, ni marinera, ni turista. Solo soy la hija de un hombre que descargó durante 36 años barcos que jamás navegó.

Nunca cruzó el océano, pero lo tocó cada mañana con las manos partidas.

Nunca llevó equipaje, pero todos los días regresaba más cansado, como si trajera la vida de otro encima.

Papá decía que las cosas más pesadas no se ven.

Ni las palabras. Ni el miedo. Ni los silencios que se tragan cuando no hay pan en la mesa.

Pero allá iba él, a cargar sacos, cajas, contenedores que quizás contenían flores o armas o zapatos o aire...

Nunca lo supo. Nunca preguntó.

No se pregunta en el puerto.

Se carga.

Yo lo observaba desde la escalinata de piedra, mientras escribía en un cuaderno viejo.

Él me decía que mis letras eran cosas livianas.

Pero yo sé que lo que escribo pesa más que una tonelada.

En el puerto, el tiempo no existe.

Solo las grúas, las voces roncadas, las alarmas, los acarreos.

Hay uno que siempre grita.

Otro que siempre fuma.

Y otro que se sienta un minuto como si ese minuto fuera su único descanso del mes.

Una vez un hombre lloró porque se le cayó una caja.

Dentro había libros.

Y él susurró: "Yo no sé leer... pero los sentí romperse."

Ahí supe que este lugar está lleno de cosas que nadie sabe llevar.
Y no hablo de mercancía.
Hablo de culpa. De cansancio. De no saber cómo volver a casa cuando nadie te espera.

Papá murió un martes.

Ese día los contenedores no dejaron de bajar.
Yo llegué con la garganta rota y le conté a su compañero.
Él solo me miró y dijo:

—Él ya estaba cansado de levantar lo que no era suyo.

Y lo entendí.
Mi papá cargó lo que no le correspondía:
La ausencia de mi madre. La rabia. La frustración de no haber sido otra cosa.

Desde entonces, vengo cada mañana.
A sentarme donde él tomaba agua.
A ver el turno de los otros, como si con eso lo viera a él de nuevo.

Y escribo.
Escribo todo lo que no se pesa.
Escribo lo que no entra en un manifiesto de carga.

Porque los estibadores también llevan lo que no se mide:
La soledad, el abandono, el silencio de una llamada no contestada, el cansancio heredado, el “hoy no te puedo ver, estoy en turno”.

Vi a uno enterrar a su hermano entre contenedores.
No fue literal, claro.
Solo se quedó con la frente apoyada en una caja refrigerada, y lloró.
Dos lágrimas.
Y volvió a levantar.

Aquí nadie se detiene.
Porque el silencio no se pesa, pero duele más que mil toneladas.

Un día, escribí algo y lo pegué en la columna de carga número 17.
Decía:

“Yo también soy hija del puerto, aunque no tenga uniforme.
Yo también sé lo que es cargar un corazón lleno de óxido.”

Alguien lo arrancó.

Pero días después, encontré otro papel.

Escrito a mano.

Decía:

“Yo también. Y duele más cuando nadie te cree.”

Desde entonces, dejamos papeles.

Sin firma.

Sin nombres.

Solo confesiones de quienes también han sido estibadores de lo invisible.

Una vez me quedé hasta tarde, cuando todos se habían ido.

La brisa del mar era espesa, y una mujer mayor, con un bastón, caminaba lentamente por el borde del muelle.

Me senté a su lado sin decir palabra.

—Mi hijo murió aquí —me dijo sin mirarme—. No en un accidente. Se le cayó la vida encima.

Nos quedamos calladas.

Y fue la conversación más honesta que tuve ese año.

Desde entonces, a veces vuelvo de noche.

Me siento en la columna 17, y leo los papeles en voz baja, como si fueran oraciones.

Ahora me llaman “la que escribe”.

Y eso me basta.

Porque en este lugar donde nada se detiene, donde todo es fuerza y acero y grúas,
yo le di espacio al silencio.

Y aprendí que lo más importante
es eso que nadie carga,
porque no saben cómo.

Nadie se entera cuándo parte un corazón.

Solo saben cuándo parte un barco.

Y por eso, cada vez que llega uno nuevo,
cierro los ojos y pienso:

“Quizás esta vez, alguien también baje su tristeza.”

CARTA.

-Hija,

Si estás leyendo esto, quizás ya no esté aquí. O quizás sí, en alguna forma que los vivos no pueden entender. A veces pienso que los que se van no lo hacen del todo. Se quedan donde los amaron, donde los recordaron. Y yo me he quedado en este puerto. En el silbido de las grúas. En la forma en que el viento se cuela entre las cadenas. En los zapatos rotos de los hombres que aún cargan el peso del mundo sin que nadie lo note.

Yo nunca supe escribir, tú lo sabes. Mis palabras eran torpes, pesadas. Como los sacos que descargaba. Pero tú, tú escribías liviano y profundo, como si tu alma supiera cosas que el cuerpo aún no comprendía.

Siempre fuiste mi orgullo silencioso. Veía tus letras en los cuadernos que escondías y sentía que había algo de mí en cada una, aunque yo jamás hubiera pronunciado esas frases. Me dolía no poder decírtelo mejor, pero te admiré. Te admiré cada día. Incluso cuando llegaba cubierto de sudor y tú apenas me mirabas porque estabas molesta por alguna ausencia mía. Yo también estaba ausente de mí mismo, hija.

Yo no quería que vivieras lo que viví. El puerto no es lugar para quien sueña. Pero tú venías igual. Te sentabas donde me veías de lejos. Y escribías. No sé si sobre mí o sobre todo esto que nos rodeaba. Pero sé que esas letras fueron más reales que cualquier manifiesto de carga.

Durante años llevé cosas que no me pertenecían. Cajas, sí. Pero también silencios. Y uno no sabe cuánto pesan hasta que empieza a doler la espalda del alma. Y ahora, mientras escribo esto con la ayuda de otro, porque aún no me atrevo a teclear, quiero contarte lo que nunca pude.

Yo odié este trabajo. Pero también lo amé. Porque me enseñó a soportar. A entender que el cuerpo se rompe, pero la voluntad se recompone. Vi caer a muchos. Vi llorar a hombres que nadie imagina llorando. Vi morir sueños en un turno nocturno. Pero también vi ternura. Vi a uno dejar flores en un contenedor porque su esposa había muerto y no pudo despedirse. Vi a otro escribirle poemas a su hijo perdido, entre cajas de herramientas y redes de pesca.

Y ahora sé que todo eso tenía sentido porque tú lo observaste. Porque tú le diste forma con tu escritura.

La gente cree que el trabajo de estibar es solo físico. Pero nadie habla del corazón. De lo que uno guarda mientras carga. De las palabras no dichas. De

las pérdidas no lloradas. De las promesas rotas. De los besos pospuestos. De los abrazos que nunca llegaron.

Y tú, hija, lo entendiste sin necesidad de vivirlo. Lo escribiste como si lo hubieras sentido en tu propia carne. Y quizás sí. Quizás fuiste más hija del puerto de lo que yo fui su trabajador.

Pero ahora comprendo

Y me quedo con tu cuaderno. Con las hojas manchadas de mar. Con tus poemas pegados en la columna 17. A veces los otros los leen. Nadie dice nada, pero todos los entienden. Porque quien ha cargado cajas, ha cargado también despedidas.

He envejecido, hija. Y mi cuerpo ya no obedece. Pero cada mañana vengo. A mirar el lugar donde tú te sentabas. A esperar que alguna brisa me traiga tu voz.

Hoy alguien nuevo se sentó en tu sitio. Una chica joven. No dijo nada. Solo miró al horizonte. Le dejé una hoja tuya, enrollada en una botella vacía.

¿Sabes? Ahora el silencio suena distinto.

Hay días en que creo que te escucho. No en palabras, sino en cómo se mueve el aire. En cómo el mar se alza justo cuando digo tu nombre.

Y quizás este puerto no sea solo de barcos. Quizás sea también un santuario de los que no pudimos decir adiós.

Tú fuiste el mejor poema que nunca pude escribir.

Y ahora que no estás, cada palabra tuya pesa más que todo lo que cargué en mi vida.

Tu viejo,

el que nunca cruzó el océano, pero aprendió a amar con tus letras.

Nunca pensé que un puerto pudiera contener tantas vidas ocultas.

Este relato no es solo una historia. Es un acto de memoria. Un intento de sostener, aunque sea con palabras, lo que el tiempo y el agua se han llevado. Mi padre hablaba poco. Su silencio era más fuerte que cualquier sirena, más firme que las grúas que cargaban los contenedores. Pero en sus manos había lenguaje. Uno que no aprendí en la escuela, sino en los gestos, en la forma en que llegaba oliendo a sal, y me abrazaba sin decir nada.

Ahora lo entiendo: todo ese silencio era amor.

Cuando escribí No se pesa el silencio, no buscaba impresionar a nadie. Solo necesitaba hablar con él, o con su sombra, o con las voces de tantos que, como él, vivieron en el anonimato del muelle. Personas que no caben en estadísticas, ni en informes, pero que sostuvieron el ritmo de un país y de muchos hogares.

Yo no estuve en sus jornadas, pero crecí escuchando cómo la lluvia en los techos se parecía al tambor del acero en los barcos. Y cómo, en los ojos de quienes trabajaban allí, cabía todo el mar.

Este texto también es para ellos.

Para los que se callan. Para los que no tienen un poema, ni una foto, ni un recuerdo que los nombre.

Porque si algo aprendí en este proceso, es que la literatura también es justicia.

Y si este relato logra que alguien —una sola persona— sienta que su padre, su madre, su hermano o su abuelo no fue invisible, entonces habrá valido la pena cada palabra, cada lágrima.

Gracias por leerme.

Gracias por escuchar desde lo que no se dice.